

Del corazón y la memoria.

Cada tarde, a eso de las cinco, se sacaba el pan del horno. Me gustaba sentarme en el umbral de la tahona y oler ese pan recién cocido. Sabía que un rato después aparecería mi abuela con un trozo, aún caliente, mojado en aceite y rociado con un puñadito de azúcar. Era mi merienda. Yo saboreaba ese pan caliente y dulce sin prisa, mientras sentía el frío de la piedra donde me sentaba.

Disfrutaba de esos momentos, aunque entonces no entendía todo su significado. Lo entendí años después, cuando en una ciudad muy alejada del pueblo, llegaron otras meriendas más frías o inexistentes, con otros olores y sensaciones más dolorosas. Sin embargo allí también mantendría la necesidad del contacto con el frío del umbral, en ese caso de cemento.

Aquella tarde de mayo no fue como las demás. Había oído a mi madre y a mi abuela hablando en susurros. Mi madre lloraba y mi abuela trataba de consolarla. Yo me hacía la distraída y fingía no prestar atención a su conversación para que no me mandaran salir a la calle a jugar. Les oí pronunciar palabras que carecían para mí de significado: *Madrid, Atocha, tren, facturación...* No entendía muy bien, pero supe que las cosas ya no iban a ser iguales y, no sé por qué, yo también me eché a llorar y corrí a abrazarme a las piernas de mi abuela.

Dos semanas después mi madre, con nosotras, sus cuatro hijas, partía hacia lo desconocido. Nos había vestido como si fuéramos a una fiesta: el cancán almidonado, el vestidito blanco con bordados de punto de cruz, sandalias y calcetines también blancos. Todo muy propio para instalarnos en un tren de carbonilla. Se notaba que era el primer viaje que mi madre iba a hacer en su vida.

Mi padre no venía con nosotras, hacía tres meses que se había adelantado y estaba trabajando en Madrid. Hasta allí lo había llevado el paro estacionario que tenían los albañiles en el pueblo. No trabajaban cuando llovía y esas largas temporadas de paro, sin cobrar ni un duro, hacían que la cuenta del fiado creciera en la tienda de comestibles. Pan sí teníamos, porque la tahona era de mi abuela y tampoco nos faltaba el cisco para el brasero que nos daba de los restos de calentar el horno. Pero tampoco podía ayudarnos más.

Íbamos camino de la estación. Ya habían pasado las escenas de despedidas de mis tías, mis primos y sobre todo las de mis amigas. Besos, lágrimas y abrazos, palabras de consuelo que a mi no me confortaron demasiado.

No recuerdo cómo llegamos a la estación de Ronda, solo recuerdo el barullo de gente, mi madre en el andén con una de mis hermanas en los brazos, el humo de la máquina, mi abuela ayudándonos a subir al vagón, lágrimas, muchas voces, mi abuela que se baja del tren cuando éste estaba ya casi en marcha y el silbido de la máquina al salir de la estación, poniendo fin a mi infancia en el pueblo donde nací y al que no volvería hasta años después, para comprobar que nada era ya como yo lo recordaba.

Del viaje que duró dieciocho horas y que fue transformando el blanco impoluto de nuestros trajes en un gris cada vez más oscuro, solo conservo dos recuerdos: el primero fue ver a un señor que tenía las piernas cortadas. En ambos muñones llevaba unos redondeles de goma que le servían de zapatos. El señor andaba apoyándose en los brazos. Subió al tren en Alcázar de San Juan, una de las múltiples paradas que el Correo realizó durante su recorrido. Llevaba colgados en el pecho, con un imperdible, unos papelitos rosas y otros azules. Cuando llegó al compartimento donde estábamos empezó a cantar *el cordón de mi corpiño* de Antofñita Moreno: "...si tu quieres el cordón, tijeras te traigo aquí, pa que cortes el corpiño, mi niño..." después pasó una gorra donde algunos le pusieron algunas monedas de perra gorda y de perra chica. Con las piernas de ese hombre estuve soñando durante meses. El otro recuerdo es que mi madre murmuraba contra un señor que había subido en la última estación y que cantaba por lo bajini *heno de pravia, jabón, jabón, pero jabón de verdad*. Mi madre lo interpretaba como una indirecta hacia ella por el aspecto que teníamos las niñas después de doce horas en aquel tren.

No sé cómo mi madre se las arregló para hacerse con cuatro criaturas, la mayor de seis años y la más pequeña de meses, la cesta con la comida, las maletas... menos mal que baúl viajaba facturado "puerta a puerta". El colchón de lana hecho un rollo con un cartón cosido con la dirección de mi padre, no. El colchón viajaba con nosotras, pero en otro vagón. No sé cómo pasamos la noche, debimos dormirnos todas menos mi madre.

Llegamos por fin a Atocha sobre las tres de la tarde y nadie nos esperaba. Después supimos que mi padre se había pasado la mañana en la estación y que sobre las dos un empleado de Renfe le había dicho que ya no se esperaban más trenes de Andalucía.

La escena de la estación de Atocha ha permanecido en mi memoria toda la vida. ¿Cómo se me podía olvidar? Era desoladora: sentadas en el colchón y sin saber qué hacer. Mi madre, con su andaluz ceceante, preguntando a todos los que pasaban a

nuestro lado. Allí, debajo del enorme reloj y el anuncio de Heno de Pravia, estuvimos más de una hora, hasta que el jefe de estación se acercó a nosotras. Mi madre, que ya estaba desesperada, le dio el papel donde llevábamos apuntada la dirección: *Agustín Morales, sin número*. El buen hombre se fue y al cabo de un rato regresó acompañado de un señor que llevaba una gorra azul marino. Venían discutiendo. El de la gorra, que con los años supe que era un taxista, se negaba a llevarnos allí, porque según decía, la calle no estaba asfaltada y no quería meterse en ese barrizal con el coche. Cuando vio la escena dejó de protestar y le ayudó al jefe de estación a instalarnos en el taxi que nos llevó, traqueteando por aquellos caminos, hasta nuestro padre.

La calle estaba en Palomeras Altas y por su centro discurría una reguera profunda por donde circulaban aguas de dudosa procedencia. El taxi no pudo acercarse a la puerta de la chabola porque se lo impedía el profundo barranco que recorría la calle. Mi padre se asomó a la puerta al oír el ruido del motor y no salía de su asombro. ¡Por fin habíamos llegado! Pero aquella no iba a ser nuestra casa.

Esa misma tarde hicimos una excursión andando hasta lo que sería nuestro destino final: El Pozo del Tío Raimundo. Entonces el barrio no existía, solo algunas casitas salpicaban el trigal que allí cultivaban los Hermanos Santos. Andando por aquellos sembrados nos condujo mi padre hasta una chabola que no tendría más de dos metros de altura. Era una habitación de doce metros cuadrados, el hueco de la puerta lo cerraba una cortina verde oscuro con dos rayas blancas horizontales, y la ventana estaba cubierta por un saco. Allí durante casi un mes convivimos con un familiar de mi madre. Éramos once: cuatro adultos y siete niñas.

Después, cuando mi abuela materna mandó quinientas pesetas, mi padre pudo comprar un camión de ladrillos y *carambucos*, palabra con la que en el barrio se llamaba a una especie de bovedilla cerámica. Con ese material, más cañizo para el cielo raso, yeso y cascotes para los cimientos, mi padre construyó la primera habitación de lo que sería nuestra casa durante casi cuarenta años.

En ella viviríamos la muerte de las dos hermanas pequeñas, dos meses después de llegar, la depresión sin nombre de mi madre y la pobreza de los inmigrantes andaluces en la capital vivida en los años cincuenta y sesenta... Pero eso ya son otras historias.